

# DIAY NOCHE

AÑO II 3 Domingo 5 de Enero de 1919

Núm. 1



EL REGALO DE LOS REYES

Ayuntamiento de Madrid

10 cts.

HEMEROTECA



## A nuestros lectores y corresponsales

Con la nueva reforma de esta Revista, a los suscriptores les participamos que al hacer el pago de suscripción adquieren el derecho de que se les entregue los nueve pliegos que van publicados de las novelas El Crimen de la Joyería y Kenilworth, con el fin de que puedan estar al corriente de la publicación sin que para esto tengan que hacer sacrificio alguno, por lo que esta empresa ha tenido a bien hacer este obsequio a sus lectores.

~~~~~

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolveremos los originales que nos envíen, ni sostendremos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la repuesta.

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios y artísticos publicados en este ejemplar.

“Día y Noche” no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna especie del Gobierno, y espera vivir del favor del público.

No pagaremos ningún original que se nos envíe espontáneamente, ya sea literatura, dibujos o fotografías, de modo que todo colaborador espontáneo al enviarnos sus trabajos da por aceptado que desea que se le publiquen gratis. Sólo pagaremos aquellos trabajos que la Dirección de DÍA Y NOCHE haya solicitado directamente, por medio de carta con el membrete y la firma del director.

~~~~~

## Sección de correspondencia

### CONCURSO DE DIBUJOS

Núm. 60.—D. J. H.—Madrid.  
Núm. 61.—D. R. A. G.—Vigo.  
Núm. 62.—D. A. M. A.—Albacete.  
Núm. 63.—D. J. y R. de la G.—Madrid.  
Núm. 64.—D. M. F. C.—Madrid.  
Núm. 65.—D. P. G.—Madrid.  
Núm. 66.—D. A. P.—Madrid.  
Núm. 67.—D. A. A.—Sevilla.  
Núm. 68.—D. F. L.—Santiago.

Núm. 69.—D. J. D. P.—Málaga.  
Núm. 70.—D. J. G. V.—Málaga.  
Núm. 72.—D. J. C.—Talavera de la Reina.  
Núm. 73.—D. E. V.—Valencia.  
Núm. 74.—D. M. M.—Bilbao.  
Núm. 75.—D. E. N.—Valencia.  
Núm. 76.—D. F. R.—Barcelona.  
Núm. 77.—D. T. L.—Madrid.  
No son aceptables.





# Día y Noche



**Director: FERNANDO PONTES**

Redacción, Administración y talleres: **Cardenal Cisneros, 47.**

APARTADO DE CORREOS, 809.—TELEFONO J. 923.

Suscripción: provincias 6 ptas. año

Anuncios: precios convencionales

**Año II**

**Madrid 5 de Enero de 1919**

**Núm. 1**

## CRÓNICA SEMANAL

En las elecciones generales celebradas en Inglaterra, han sido derrotadas todas las mujeres candidatas. Felicitamos a los electores ingleses. El peligro feminista es tan temible como el del bolchevikismo, y si no se le aísla para evitar su contagio, acabará con el encanto del que siempre se llamó «bello sexo».

Los Estados Unidos de Norteamérica, es la nación donde reside el foco infeccioso de la nueva epidemia, y allí las costumbres creadas al amparo de una legislación injusta, inclinan el platillo de la balanza con el peso de una protección exagerada al sexo femenino, que convierte a la mujer americana en un verdadero tirano, que impone sus caprichos y sus nervios al hombre, que en aquel país se somete a la nueva esclavitud pacientemente, hasta que llegue una reacción que ecoloque a cada mitad humana en su verdadero lugar.

Este feminismo, que tiende a igualar al hombre y la mujer en cuanto a los derechos, pero que pretende conservar la carga de los deberes sobre los hombres, sería insostenible para las razas europeas,

más refinadas, más artistas, y poseedoras de una mayor delicadeza de apreciación de los matices.

La libre exageración del un mal entendido feminismo, ha destruido por completo el hogar en Norteamérica y haciendo de la mujer un ejemplar de humanidad cuyo centro es ella misma. Una mujer americana tiene a menos el saber guisar una comida, fregar unos platos o cuidar de sus hijos. Remendar una camisa o pegar un botón constituyen problemas tan imposibles para ella como el descubrimiento de la cuadratura del círculo.

Todas estas labores y ocupaciones están completamente por debajo del horizonte moral e intelectual de la mujer americana, y la aceptación en Europa de tales ideas o métodos de educación, constituiría una verdadera catástrofe sentimental.

Y dígame lo que se quiera, y a pesar de numerosas excepciones, el equilibrio intersexual de la humanidad está regido por leyes del sentimiento.

\* \* \*  
Continúa siendo el problema centro de nuestro desdichado país, la



encubierta campaña separatista y antiespañola de los catalanes.

Este mal crónico, exacerbado y sostenido por la falta de energía en los gobiernos, está pidiendo un cirujano valiente que extirpe el mal de raíz.

Las protestas de España contra el egoísmo catalán son débiles, y creemos que si los españoles tuviesen plena conciencia de los caminos por donde Cataluña ha llegado a su actual prosperidad, y a costa de

quienes, un clamor unánime exigiría que España se hiciera independiente de Cataluña.

Porque, en realidad, no es Cataluña la región explotada, víctima de injusticias, sino España la que se halla sometida a un régimen administrativo que sacrifica el bienestar y la libertad de su comercio los intereses de Cataluña, que a tal ingratitud paga la ecuanimidad y la paciencia de nuestra Nación.

FERNANDO PONTES.



LA NOVIA.—¿Es verdad, Rudesindo mío, que yo soy toda tu felicidad?  
EL NOVIO.—Sí, monina; pero me pareces una felicidad demasiado grande para un hombre solo.



# Víctimas del Amor

(CUENTO ÁRABE)

Los más gallardos mozos de la tribu de los Benu Hanifa fueron de excursión a una montaña de su territorio. A la cabeza estaba Said, hijo del jefe de la tribu, mozo valiente y aguerrido, generoso sin límites, noble y apasionado. La caza

campaña, se encontraron en el camino con una bella joven de la tribu, que iba hacia su casa, cargada con un odre de agua de la fuente que manaba al pie de la montaña. Said la miró fijamente, y la fugitiva mirada de ella se cruzó rápida



absorbió varios días las energías de aquellos muchachos.

Cierto anochecer, cuando regresaban, cansados de andar por entre breñas y matorrales, buscando la cena reconfortante y el sueño reparador en la tranquila tienda de

con la ardorosa del valiente joven. Su corazón se inflamó del más vehemente amor hacia ella; siguióla en su camino y supo el aduar en que vivía. Pero no le fué posible verla, ni tuvo ocasión de contarla su amor.

Pasaron los días destinados a la excursión. Los compañeros de Said pensaron en volverse a sus aduares; pero Said se negó en absoluto.

—No me marcharé,—decía,—sin haberla al menos enviado un mensaje, haciéndola conocer mi amor.

Sus amigos quisieron disuadirle; pero él insistió tanto, que hubieron de marcharse sin él. Solo en la montaña quedó Said, muerto de amores, viviendo de la esperanza de ver a su amada.

Al cabo de algunos días, viendo que no encontraba momento de hablar con su amada, decidióse a buscarla. Cifóse su espada al cinto, esperó que la noche corriese su velo sobre las fatigas de los mortales, y se dirigió a la tienda en que la doncella debía reposar.

La encontró dormida entre sus dos hermanos. Despertóla, y ella, sobresaltada, le dijo, con voz muy queda:

—¡Vete! Temo que mis hermanos se despierten. Seguramente te matarían.

—La muerte,—respondió Said,—es preferible a la situación en que me encuentro. Dime tu nombre; dame tu mano para que la ponga sobre mi corazón, y entonces me marcharé.

—Alcamar me llaman,—contestó la doncella, a la vez que extendía su mano. Said la cogió, la puso so-

bre su pecho, encima de su corazón, y se alejó.

A la noche siguiente volvió, despertóla otra vez, y ella, para intimidarlo, le dijo este verso:

«Si vas a ver a la familia de tu amada, no te harán más regalos que la espada y la lanza».

Pero Said, más apasionado y más vehemente cada vez, sin pensar en el peligro en que estaba, le contestó otro verso:

«La ausencia es para mí más muerte que la que espero; soy como un naufrago que se muere de sed».

—Pero si tú, luna mía, me permites que bese tus labios, me marcharé.

Ella dulcemente le ofreció sus labios. Said los besó un momento, y partió. Pero Alcamar sintió entonces en su corazón un amor tan fuerte hacia el noble joven, como el que ardía en el pecho de éste por aquella belleza del Paraíso.

El rumor de esta aventura se extendió por la tribu, y los parientes de Alcamar se dijeron:

—¿Por qué se ha quedado en la montaña este calavera? Esta noche iremos contra él.

A la puesta del sol, Alcamar envió a Said un recado, para prevenirle.

«Los míos irán a buscarte. Ten cuidado».

Y vino la noche. El mancebo se sentó sobre un montecillo, tenien-



al lado su arco preparado, y sus flechas.

Al principio de la noche, la lluvia cayó con abundancia sobre la tribu, y nadie se ocupó de él. A media noche, las nubes se disiparon, y la luna iluminó tenuemente la montaña. Alcamar, loca de amor, salió

a herir a Alcamar en medio del corazón. La bella muchacha cayó muerta. Su amiga comenzó a gritar, y Said bajó de la montaña rápidamente, encontrando a su amante sin vida y con la cabeza reclinada en los brazos de Fátima.

Lloró el desgraciado amante como



secretamente a la tienda, para ir a reunirse con su amado Said. La acompañaba una de sus amigas de la tribu, llamada Fátima, en quien ella tenía toda su confianza.

Said las vio acercarse. Creyó que eran las gentes que habían de venir a atacarle. Cogió tranquilo su arco y disparó la flecha, que fué

una madre que hubiera perdido a su hijo y lamentóse con las palabras de estos versos:

«Mi crisantemo ha sido arrancado por mis propias manos». ¡Ojos míos! llorad lágrimas abundantes.

Ella era mi compañía, cuando mi alma sentía el hastío de lo que tie-

## DIA Y NOCHE

ne cerca y de lo que tiene lejos.

Ella era el jardín, en donde yo me recreaba; ella era la fuente, donde se refrescaban mis ardores.

Ella era mi mano; ella era mi fuerza. El Destino ha separado mi mano de su mano».

Fátima, que seguía sosteniendo la cabeza de la muerta, dijo entonces.

—El cuervo ha anunciado con sus graznidos, lo que me causaba espanto. No se puede evitar el Destino.

Tú lloras, y eres tú mismo el que

la ha matado. Ten paciencia, o si no la tienes, mátate también.

Entonces el desesperado Said se hirió con su alfanje, y murió.

Cuando llegaron las gentes de la tribu, atraídas por las voces de Fátima, no encontraron más que dos cadáveres. Abrieron una sepultura y colocaron en ella los cuerpos de los infortunados amantes.

La Luna lanzó sus últimos destellos sobre la pálida faz de la bellísima Alcamar, antes de que la madre Tierra la cubriese para siempre.

Por la traducción,

ANGEL GONZALEZ PALENCIA.



Señorita Josefina Sanz, soprano que ha dado recientemente un concierto en el Teatro Español.

## Coqueta.

En tu mirar adiviné el antojo  
mientras bordabas, te besé, travieso,  
y al caer tu labor, el gato, preso  
pescó en sus garras un ovillo rojo.

No comprendo la causa de tu enojo;  
romántico y galante con exceso,  
aunque me den la muerte por un beso,  
sin vacilar el beso siempre escojo.

A la caricia me incitaste inquieta;  
después, versátil, tu ira de coqueta  
llamándome culpable se desata...

¡Mi corazón, por tu injusticia herido,  
pobre ovillo de amor, está cogido  
entre tus uñas de mimosa gata!

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.



EN CHUNGA

## Don Crisanto, aprensivo

Don Crisanto es un hombre sanísimo que pasa la vida pagando cuentas a los médicos y facturas a los farmacópolas. Y no es que D. Crisanto dirija ninguna agencia de esas que se dedican a hacer efectivo lo debido a los acreditados tramposos, no, don Crisanto disfruta de una lamentable salud, acompañada de una aprensión superfosfórica.



—¿Qué lee usted, Don Crisanto?

—Un tratado interesantísimo acerca del epiteloma esofágico; llevo unos días con alteraciones monorritmicas del pulso.

—¡Pues tiene usted un aspecto envidiable!

Don Crisanto se encuentra con un amigo cirujano, operador extraordinario:

—Hombre, te agradecería que me auscultases aquí.

—¿Aquí? ¿En plena vía pública?

—No, aquí, en la región abdominal. Por las noches siento un gran desasosiego en los intestinos.

—¿Cenas habichuelas?

—Te ruego que lo tomes en serio. Creo que me ha salido un tumor.

—Vamos, Crisanto, déjame en paz; si todo el mundo estuviese como tú, tendría que dedicarme a ejercicios funambulescos para procurarme el sustento.

Don Crisanto reniega de su suerte canina y de que nadie le haga más caso que se hace a un guardia urbano con respecto al cumplimiento de las Desordenanzas Municipales.

El otro día fué víctima autopropiciatoria de su eterna preocupación por sentir todas las manifestaciones de cuantas enfermedades describen las Terapéuticas. Hallábase de visita en la elegante morada que en las Peñuelas habitan los distinguidos señores de Mendruguez. El ama de la casa contaba confidencialmente a una amiga suya ciertos síntomas:

—Por la noche tengo frecuentes insomnios.

Don Crisanto, al escuchar que en la conversación se habla de dolencias, se cree en el caso de intervenir:

—Lo mismo que yo.

—Me repugna la comida. Badezco a diario mareos seguidos de vómitos y náuseas.

—Exactamente me sucede a mí.

—Estoy caprichosa y antojadiza.

—Como yo, señora, idéntico.

—Pero D. Crisanto ¡si es imposible que tenga usted mi enfermedad!

—No le quepa la menor duda.

—Bromea usted ¡sería absurdo!

Y en efecto, al cabo de un mes justo D. Crisanto recibió una tarjeta comunicándole que la bella esposa de Mendruguez, había dado a luz con toda felicidad un robusto niño.

ARISTIDES FREDELVAL.

# Porque lloró D. Juan

¡Qué hermoso aquel día de primavera lleno de Sol!

Reían los jardines, enojados de flores polieromas, y aromantes; las aves, surcaban ingravidas el espacio, en piadas optimistas de salud y libertad. Reían los rostros ingenuos de los niños, que en las plazas amontonaban arena bajo la caricia victoriosa del Sol, junto a la estatua de una gloria de la patria; los viejos, de mirada escéptica y nostálgica, sentados en los bancos, con sus expresiones cansadas de sabios.

En aquel ambiente pletórico de vida, animador a la felicidad, parecían desterradas las tragedias, las pasiones bajas, las enfermedades que hacían a los hombres asomarse entre cristales a la vida, con un gesto doliente y envidioso.

Nunca como entonces, sintió Alberto la poesía emergente de los jardines en flor; ni reparó aquellos detalles optimistas, que la naturaleza creaba. Extrañado de pensar y sentir, comprendió el influjo irresistible de asimilarse a ella en alma, que sentía desde que escuchó su palabra mágica, cautivante de ideas. Aquella visión dorada de la mujercita, feble y blanca, de crenchas aureas, y mejillas pálidas, como rosas de marfil le inquietaba. La conoció, pocas horas hacía, en aquel té íntimo de su amigo Quinto Toryales, donde se la presentaron en caso insólito, de belleza romántica, y mentalidad extraordinaria. Amigos de ambos, dijéronlos que serían presentados, y se conocían por referencia. Ella sabía de él sus aventuras, galantes y osadas, su extraña psicología femenina, que haciale triunfador, muy sencillamente; sus desafíos con maridos agraviados y rivales, en que su mano dura, de aficionado a los deportes violentos, adestrada maravillosamente a la esgrima, paraba sabiamente estocadas certeras y hería por finar la escena enojosa.

El sabía de ella sus idealismos, rebeldes contra la mediocridad circundante, hecha de frivolidades, egoísmos y envidias; su amor a los libros, donde se plantearan problemas hondamente humanos, la sutileza e ironía de sus conversaciones siempre agudas, que poseían el raro privilegio de herir, sorteando hábilmente las palabras ofensivas. Dijéronle también, que ríe del amor y que no se la vió contradecirse, que pasaba ante la sociedad incognoscible, envuelta en los cendales del misterio, nimbada de una extraña admiración.

Y ahora, bajo el triunfo del Sol, Alberto corría a su encuentro, a una cita en el jardín de ella, que tenía el encanto de ser el primero en conseguir.

Se detuvo ante la verja, ensayando un gesto teatral, corrigiendo la corbata negra, manchada por el livor de una perla.

Alicia le esperaba leyendo, muy elegante en la sencilla bata blanca, adornada únicamente por el matiz sangriento de unos claveles bermejos colocados sobre el corazón. Al verle, cerró el libro y sonrió. En un golpe de vista pictural, advirtió la afectación del gesto, del ademán, e intuitiva, la preocupación del mundano ante un posible fracaso.

Se saludaron muy alegres, él ensayando naturalidad serena, ella buscando sutilmente en los ojos, el sabido origen de su cita.

Al fin, Alberto habló, adoptando una postura algo incorrecta, pero interesante.

La citó, obedeciendo a ignorarla cual íntimo sentimiento que le gritaba un loco afán de contemplarla siempre. ¡Era tan bonita! Poseía el sortilegio de hacer esclavos a los hombres con la llamita azul, que ardía muy profunda, pero incandescente en el fondo de las pupilas inquietas. Con la sonrisa comprensiva que abría el rojo clavel de los labios, sobre el blan-



co fondo de los dientes nacarinos. Con aquella luminosidad, de inteligencia y belleza emergente de toda ella, del rostro fino y aristocrático, del cuerpo de línea clásica, que pudiera servir de modelo a Praxíteles para crear sus Venus, substituyendo a Friné, de su palabra culta y docente, algo satírica, por el hábito de enseñanza indirecta.

Alicia tornó a sonreír bajo aquel aluvión de adjetivos y frases encomiásticas, del lirismo que comprendía estudiado, y con perfecta serenidad esbozó sus pensamientos:

Decía muy bien, sabía lindamente halagar con aquellas palabras, pero... ¿por qué no hablaba sin ambajes, más claramente, sin poner tanto prólogo al asunto que se adivinaba de su cita?

Por lo mismo que la creía distinta de las demás, debía también modificar su estudiado plan de ataque con todas.

Como Alberto protestara, ella continuó, encendida en la boca la sonrisa y la idea desconcertante:

Sabía bien el objeto que le llevaba. La amaba algo, más no era el corazón del hombre, sino la vanidad del D. Juan. Le dirían que nunca tuvo amores, que el mundo entero fué para su alma muy grande y diminuto, a la par, que ella soñaba un alma romántica, y él pensó ser el romántico, por su vida bohemia y aventurera, el futuro hombre envidiado de Madrid al ceñirse a las sienes el lauro de haberla conquistado. Alberto ahora no protestó; supose juzgado equivocadamente y no tuvo valor a sincerarse, sólo la miró con una suplica en los ojos.

Alicia terminaba:

No debía molestarse más ¿para qué? serían buenos amigos, ¡eso sí!, pero el amor... el amor era el secreto de su vida. Ella le rogaba el perdón a su crudeza, pero puesta en la pendiente de las confesiones, debía saber en síntesis que nunca llegaría a casarse con un cuerpo hipócrita que legalizase vanidades y deseos inconfesables, delante de un juez, sino con un alma vacía de ideales falsos, que erigiera el amor y la conciencia, sobre todo, como símbolo de la humanidad.

Con un rictus doliente sobre la boca, antes cauce de besos y mentiras, Alberto se alejó del jardín de la mujer.

Todo nuevo en él, al choque inédito en su alma de dolor, no reconoció aquellas calles bañadas en primavera fuerte y optimista. Caminó llevando no sabía qué triste muerte interior, que resucitaba rebelde, implacable, acusando con la tenacidad cruel de una conciencia.

No era la vanidad, alzándose soberbia contra el fracaso, tampoco la decepción del erotismo, acostumbrado a triunfar siempre con su lema de materialidad. Era algo íntimo de su alma, que despertó con furia de saberse avasallado por la carne, joven y fuerte y el vacío de mentidos ideales. Era su ensueño que tenía la pureza blanca de un niño, y el lirismo de un poeta, su ensueño, dormido, bajo el imperio de la carne, y el fasto de los triunfos de la sensualidad. Ahora nacía, muerta ya, pero tendiendo los crespones del duelo en la vida de sus rivales. Nunca más, florecerían en la boca de Alberto, cuanto constituyó su vida pretérita, sólo el ensueño roto, el recuerdo de la Alicia, espiritual y pensadora, desdénando al enfangado en la crápula, y la crueldad de sus pasiones, endiosado en la aureola prestigiosa de sus victorias, por sus émulos y colegas, perduraria en su alma como un fantasma amado indirectamente acusador.

Bajo la tragedia de su pobre vida equivocada, Alberto sintió toda la tristeza incomparable de sus errores, y lloró como un niño y como un viejo sin reparar en los transeúntes que le miraban con expreiones de burla, y los muchachos que se congregaban en su derredor, motejándole de epítetos canallas, suponiéndole ébrio, precozmente crueles, armándose de cantos para lapidarlo.

Indiferente, cual un orate, siguió caminando, tendidos los ojos al cielo sin ver el sol que le cubría, y hacía caprichos de oro y sangre, sobre la tierra pletórica de vida y juventud.

EMILIO DURAN.

# SEMANA TAURINA

Una tarde del pasado verano, al regresar de la plaza de toros de Madrid, me llamó la atención un grupo, bastante numeroso que, desembocaba en la puerta del Sol.

Pregunté a un muchacho, la causa de aquel conato de manifestación, y me respondió.

«Es que traen en hombros a Ernesto Pastor, que ha *quedao* muy bien en Vista Alegre».

La respuesta me dejó helado. Ahí es nada. Traer a cuestras a un torero nada menos que desde la plaza de Carabanchel. Menester era que hubiese resucitado Lagartijo.

Pasó el tiempo y el novillero mejicano siguió toreando en el ruedo de sus triunfos. La prensa se ocupaba de él con elogio y sin embargo la empresa madrileña no lo contrataba.

Por fin este año, en una de las novilladas caniculares pudimos ver en

nuestro circo a Ernesto Pastor. Y a fé que no exageraban sus proezas.

Torero fácil, elegantísimo. Tiene sus lances de capa marcado sabor clásico y posee un extenso repertorio en quites.

Como rehiletero es notable, y además, es un *imuletero* excelentísimo, pues Ernesto no ignora que el trapo rojo se ha hecho para castigar y ahormar la cabeza de los toros, y no para adornarse a tontas y a locas.

El joven torero, que ha sido el último discípulo del infortunado *Ojitos*—maestro que fué también de Gaona—es un matador seguro y pronto, de los que es muy difícil que se dejen un toro vivo.

Ernesto Pastor tiene condiciones para ocupar, uno de los primeros puestos del escalafón taurino. Y apelidándose Pastor, está obligado a ello.

CHEFE



Ernesto Pastor





### Una anécdota de la vida de Goya

Cierto día, se hallaba Goya, entonces muchacho, sentado sobre un saco de trigo que debía llevar a hombros a un molino,—(los padres del famoso pintor eran unos pobres labradores de Fuendetodos)—y se entretenía dibujando en la pared un cerdo, cuando acertó a pasar por allí un fraile de uno de los conventos de Zaragoza, quien viendo en los trazos seguros y francos del muchacho la promesa de un artista, comenzó a protegerle.

Este fué, según la tradición, el principio de la gloriosa carrera del

famoso pintor español. Afirman los cronistas de Goya que, aunque sus padres deseaban que siguiese su mismo oficio y que se dedicara a la labranza, el niño sintió siempre repugnancia hacia tales labores, demostrando inclinaciones más altas y aspiraciones artísticas que desde muy temprano revelaron una vocación decidida hacia la pintura.

El apunte que reproducimos en esta página posee todas las cualidades características de los dibujos goyescos.

# El anillo misterioso o todos detectives.

## PELÍCULA DETECTIVESCA

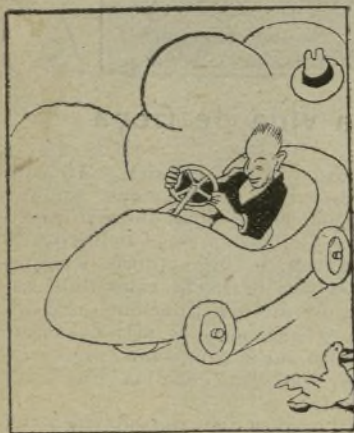
### Primer episodio.



1.º—La tía de Oscar se siente morir y entrega a su sobrino un anillo que tiene en mucha estima.



2.º—Este anillo se le regaló su novio como promesa de matrimonio y desde entonces, no ha vuelto a saber de su futuro.



3.º—Desapareció en busca de una vida más agitada, pues era del temple de los aventureros.



4.º—Oscar, detective famoso, quiere llevar consigo el anillo y lo mete en la pipa, la que nunca abandona, y jura vengar a su tía castigando al hombre que la engañó.



# El anillo misterioso o todos detectives.



5.º—El detective tiene una amante; ésta para probar la astucia de su Oscar le esconde la pipa.



6.º—Tan distraído estaba que no se acordó de su pipa, pero al siguiente día, se apresuró a ir a recogerla.



7.º—Mientras esto sucedía, la *señá* Manuela asistente de la aventurera encontró la cachimba, y viéndola sucia y mal oliente, la arroja a la basura.



8.º—El señor Juan el trapero, gran fumador, tuvo la suerte de encontrar dicho artefacto entre un montón de basura.

(Continuará).





# Cantares

Si hubiera sabido yo  
las penas que tú me cuestas,  
¡ni te mirase a los ojos  
ni me acercase a tu vera!

\* \* \*

Aunque nadie me hace caso,  
por causa de tu querer,  
¡cuando el sol de alumbrar deje,  
entonces te olvidaré!

\* \* \*

Que eres morena del todo,  
la gente dice por guasa,  
sin saber que es aún más negro  
el corazón que la cara.

\* \* \*

Para hacerme más desprecio  
te ríes con todo, el mundo;  
¡la procesión vá por dentro!

\* \* \*

En la torre de la iglesia,  
te voy a poner a tí,  
si se rompe la veleta.

\* \* \*

No me vengas más diciendo  
que te maltrata tu madre,  
cuando se quiere de veras  
no se hace caso de nadie.

JUAN NARANJAS DE LA CHINA.



## El bien y el mal



Tres protectores de animales no pueden ver esta escena, sin que se les parta el corazón.



Y dispuestos a remediar el mal se enganchan, tiran y sacan a flote la carreta.



Se les hizo de noche y como están cansados, alquilan un carrito para ir a casa.



Ya en camino comentan su proeza sin saber que otra pobre pareja de animales paga el pato.

## CHISTES Y COLMOS



El tratamiento de un obispo—Ilmo.—el de un Arzobispo Excmo.—El de un cardenal, tintura de yodo.



¿Cual es la mujer del cepillo? La que cobra las sillas en las iglesias.



Entre un piano de cola y uno de manubrio ¿cual elegirías? El de cola, no hay que darle vueltas.



En que se parece el tranvía, de Hortaleza a los militares que no tienen influencia. En que se pasan la vida esperando cruces.



—Está bien; puesto que lo dejas a mi elección, prefiero tenerte por amigo; tienes razón; puedo preferirte al servicio de un patrón que tiene medios para hacernos hombres a los dos y a un centenar más. Y, a decir verdad, eres a propósito para servirle; él dige osadía y destreza...; los registros de la justicia atestiguan en tu favor... pues ¿quién sospechó jamás que tuvieras conciencia? Sólo en una cosa quisiera que cambiases.



*Vamos desenvaina y síguele.*

—¿En qué? mi preciosísimo *Anthony*:—dijo *Lambourne*:—; pues juro por la Almohada de los siete durmientes; que estoy dispuesto a enmendarme.

—Estás dando ejemplo de ello?—dijo *Foster*:—tu lenguaje suena a cosa pasada, y de vez en cuando lo adornas con juramentos que huelen a papismo; además, tu aspecto exterior es demasiado irregular para pertenecer al séquito de su señoría. Tienes que reformar tu traje con arreglo a una moda más gra

ve y compuesta; colgar la capa de ambos hombros; llevar el cuello liso y almidonado; ensanchar el ala del chambergó y quitar vuelo a vuestro vestido; ir a misa, o, mejor, a reuniones religiosas por lo menos una vez al mes; afirmar sólo por vuestra fé y vuestra conciencia, prescindir de ese aspecto bravucón y no llevar la mano a la espada, sino cuando hayais de desenvainarla para algún fin serio.

—Estás loco, *Anthony*, —respondió *Lambourne*,— y tu descripción corresponde al rodrigón de una dama puritana, no al servidor de un cortesano ambicioso. Prestándome a tus deseos, debería llevar en el cinto un libro en vez de un puñal.

—¡Ah! mucho ha cambiado Inglaterra desde que tú la abandonaste, y ahora se puede perseguir los fines más ambiciosos sin emplear bravatas, ni juramentos, ni palabras profanas en la conversación.

—Bueno; haré lo posible por disfrazar mi carácter, puesto que aseguras que esto es tan necesario para no perder terreno en esta nueva sociedad. Pero dime, *Antonio*, ¿cómo se llama ese noble, para cuyo servicio tengo que convertirme en un hipócrita?

—¡Ah, señor Miguel! ¿es eso lo que te proponías saber?— dijo *Foster* sonriendo malévolamente— ¿y si semejante persona no existiese y todo fuera una broma?

—¿Una broma? —repuso *Lambourne* sin amilanarse— aunque te precies de disimulado, me comprometo a averiguar todos tus asuntos en el espacio de un día.

En este instante, un grito procedente de la habitación inmediata cortó su conversación.

—¡Por la Santa Cruz de Abingdon! —exclamó *Foster*, olvidando en su alarma su protestantismo— ¡estoy perdido!

Diciendo así, se precipitó en el cuarto de donde partiera el grito, seguido por *Miguel Lambourne*. Mas para explicar el ruido que interrumpió su diálogo, es preciso retroceder un poco en nuestra narración.

Ya se ha dicho que cuando *Lambourne* acompañó a *Foster* a la librería, dejaron a *Tressilian* solo en el antiguo salón. Con sombría mirada siguió a aquellos mientras salían de la habitación, y su expresión despreciativa recayó sobre sí mismo, por haberse rebajado a ser compañero de aquellos hombres.

—Estas son las compañías, *Amy*, —se dijo a sí propio— a que ha condenado tu innmerceda falsedad a este de quien sus amigos esperaron hechos muy diferentes, y que ahora se despre-



cia tanto como puedan despreciarle los demás a causa de las bajezas a que ha descendido por amor tuyo. Pero no cesaré en mi empresa de perseguirte, aunque si fuiste objeto de mi más puro y devoto afecto, en adelante sólo podrás merecer que lllore por tí. A pesar de todo, te salvaré de tu burlador y de ti propia y te devolveré a tu padre, a tu Dios...

Un ligero ruido en el cuarto interrumpió su meditación; miró en derredor, y en la hermosa mujer ricamente vestida que entraba en aquel instante por una puerta lateral, reconoció al objeto de sus pesquisas. Su primer impulso, al descubrirla, fué ocultarse el rostro con el cuello de su capa, hasta que llegara el momento oportuno para darse a conocer. Pero este propósito fué anulado por la joven, ---no tendría más de diez y ocho años--- que alegremente corrió hacia él, y le dijo: ---No, querido amigo, después de haberte esperado tanto tiempo, no esta bien vengas a mi gabinete ocultando tu rostro. Te acuso de traidor al amor fiel y al acendrado afecto, y tendrás que responder ante la justicia, a cara descubierta. ¿Eres culpable o inocente?

---¡Ay, Amy! ---dijo *Tressilian* con voz baja y melancólica, mientras la consentía que retirase de su rostro el embozo de su capa. El timbre de su voz, y más aun la inesperada vista de sus facciones, dieron al traste en un momento con la alegría de la joven. Retrocedió tambaleándose, mortalmente pálida y se cubrió el rostro con las manos. *Tressilian*, en el primer instante profundamente turbado, recordó enseguida lo necesario que era aprovechar aquel momento oportuno, que podría no volver a presentarse, y dijo conteniendo su voz: No temas mi presencia, Amy.

---¿Por qué había de temerla? ---dijo la dama, apartando las manos de su bello rostro, ahora cubierto de rubor--- ¿Por qué he de temeros, *Sr. Tressilian*? y ¿por qué esta intrusión en mi casa a donde ni habéis sido invitado, ni se desea vuestra presencia?

---¿Vuestra casa, Amy? ---dijo *Tressilian*--- ¿es vuestra casa una prisión? Una prisión guardada por un hombre vil, aunque no tan miserable como su amo.

---Esta es mi casa ---dijo Amy--- mientras yo quiera habitarla. Si es mi gusto vivir recluida, ¿quién podrá impedírmelo?

---Vuestro padre, vuestro desgraciado padre, quien me envió en busca vuestra, invistiéndome con la autoridad que él no puede ejercer en persona. He aquí su carta, escrita mientras

bendecia el dolor físico que amortiguaba en parte la agonía de su alma.

--¡Dolor! ¿Está enfermo mi padre? --dijo la dama.

--Tanto, que acaso ni vuestro inmediato regreso pueda devolverle la salud. Pero todo se preparará en el acto para vuestra partida, en cuanto consintáis en ello.

--*Tressilian*, no puedo, no debo, no me atrevo a salir de aquí. Volved junto a mi padre y decidle que dentro de doce horas obtendré permiso para verle. Volveos, *Tressilian* y decidle que estoy bien, que soy feliz... feliz si pudiera saber que él lo es también. Decidle que no dude que volveré, y de tal modo que pueda hacerle olvidar todo el dolor que *Amy* le causó... La pobre *Amy* ha llegado a tan alta situación que no se atreve a expresarla. Id, buen *Tressilian*, os he injuriado, pero creed que soy bastante poderosa para curar las heridas que os causé. Os robé un corazón de niña que nunca fué digno de vos, pero podré indemnizar la pérdida con honores y provecho.

--¿A mi me ofrecéis esas esperanzas de vana ambición en cambio de la tranquilidad que me habeis robado? Pero dejemos esto, pues no vine aquí para dirigiros reproches, sino para servirlos y libertaros. No podéis ocultarme que estais prisionera, pues si no, vuestro bondadoso corazón --en otro tiempo lo era --os habría llevado ya junto al lecho de vuestro padre. Venid, pobre e infeliz doncella engañada; para todo habrá olvido y perdón. No temais que os importune recordándoos nuestro compromiso... fué un sueño del cual ya desperté; pero venid; aun vive vuestro padre...; una palabra afectuosa, una lágrima de arrepentimiento, borrará el recuerdo de lo pasado.

--¿No os he dicho ya, *Tressilian*, --contestó ella-- que seguramente iré a ver a mi padre, sin más espera que la necesaria para cumplir otros deberes igualmente obligatorios? Id a darle la noticia de esto; iré tan de cierto como que el Sol alumbrá...; es decir, si obtengo el permiso.

--¿Permiso? ¿Permiso para visitar a vuestro padre en el lecho del dolor, que acaso sea su lecho de muerte? --repuso *Tressilian* impaciente-- ¿Permiso de quién? Del villano que, so capa de amistad, abusó de la hospitalidad y os robó del hogar paterno.

--No le calumniéis, *Tressilian*, El hombre de quien habláis lleva una espada tan afilada como la vuestra; más aún, hombre vano, pues tus más valientes hazañas en paz o en guerra, serian indignas de ponerse en parangón con las suyas, como tu mo-



desto rango está por debajo de la esfera en que él vive. ¡Dejadme! Llevad mi recado a mi padre, y cuando vuelva a enviarme un mensajero, que lo elija más a mi satisfacción.

—*Amy*, ---replicó *Tressilian* con calma;--- no me conmovrán tus reproches. Pero dime siquiera, para que yo pueda llevar un rayo de esperanza a mi anciano amigo. Ese rango de que alardeas, lo compartes con el que lo posee? ¿Puede ese hombre mandar en tus acciones con el derecho de esposo?

—Cese ya tu grosero lenguaje —repuso la dama;—no me dignaré responder a ninguna pregunta que suponga menosprecio de mi honor.

—Ya habéis dicho bastante con negaros a responder,—dijo *Tressilian*;— y pensad, desgraciada, que, autorizado por vuestro padre para exigiros obediencia, os salvaré de la esclavitud, del pecado y de remordimiento a pesar vuestro, *Amy*.

—Nada de amenazas de violencia —exclamó la dama retrocediendo alarmada por la resolución que delataban sus ojos y su ademán—. No me amenacéis pues tengo medios para repeler la fuerza con la fuerza.

—Pero no querréis emplearlos en favor de tan mala causa. Por vuestra voluntad libre de influencias extrañas, no es posición que eligierais vuestra deshonrosa esclavitud actual. Os sujeta algún encanto, algún engaño o promesa obligada. Pero yo rompo ese encanto; *Amy*, en el nombre de vuestro bondadoso y ajeno padre, os ordeno que me sigais.

Diciendo así, avanzó con la mano extendida para sujetarla. Más ella se escapó, lanzando el grito que atrajo a *Lambourne* y *Foster*,

Esté exclamó apenas hubo entrado:—¡Rayos y truenos! ¿qué es esto? y dirigiéndose luego a la dama, entre suplicante y autoritario;—¿Qué hacéis aquí señora, fuera de los límites que se os señalaron? Retiraos, retiraos, pues este es asunto de vida o muerte; y vos, amigo, quien quiera que seais, salid de esta casa; fuera de aquí, antes que os meta mi daga en el costado. Conduccele. *Miguel*, y libranos de la presencia de este bribón.

—No seré yo, por mi alma;—replicó *Lambourne*. Aquí vino en mi compañía, y no puedo hacer nada contra él por la ley de los bravos, por lo menos hasta que nos encontremos de nuevo. Pero fijaos bien, mi amigo el de *Cornualles*; habeis traído aquí un mal viento: tomad soleta, marchaos, desapareced o tendreis que arrepentiros.

—Apartaos, lacayo—dijo *Tressilian*—Adios, señora; vues-

tro padre perderá la escasa vida que aun le anima al escuchar lo que aquí ha ocurrido.

Y salió, mientras la dama le decia con debil voz:—No os precipiteis lanzando el escándalo sobre mí.

—Os ruego;—dijo *Foster*—, que volvais a vuestra cámara, señora, y veremos cómo se responde de lo sucedido; daos prisa.

—No tengo que obedecer vuestras órdenes.

—Debeis obedecer, bella dama,—dijo *Foster*—; perdonadme esta libertad, mas no es ocasión de extremar las cortesías, *de-bis* retiraros a vuestra habitación. Miguel, sigue a ese mequetrefe entrometido; y si deseas protección, hazle salir de la casa, mientras yo hago entrar en razón a esta dama testaruda; desénvaina y síguele.

Le seguiré, y hasta le obligaré a salir de Flandes; pero eso de herir a un hombre con quien he bebido esta mañana, está en abierta pugna con mi conciencia. Y salió del salón.

*Tressilian*, entre tanto, marchaba con paso rápido por la primera senda que pudiera llevarle fuera del abandonado parque de la mansión de *Foster*. El apresuramiento y la pena extraviaron sus pasos, y en lugar de seguir la avenida que conducía al pueblo, tomó otra, que cuando la hubo seguido rápidamente algún tiempo, le llevó al otro lado de la posesión, donde una poterna abierta en la tapia, servía de paso al campo abierto.

*Tressilian* se detuvo un instante. Le era indiferente el camino que pudiese alejarle de un lugar cuyo recuerdo se le había hecho odioso, mas era posible que aquella puerta estuviese cerrada y le impidiera la salida.

—Pero debo intentarlo; se dijo—; el único medio de recobrar a esa extraviada y desdichadísima doncella, consiste en que su padre reclame a las desobedecidas leyes de la nación, y para esto debo llevarle cuanto antes noticias de lo que ocurre.

Aproximándose *Tressilian* a la puerta, para intentar abrirla o saltar por encima, observó que por la parte exterior metían en la cerradura una llave; giró esta, y entró un caballero, embozado en su capa de montar, y tocado con un sombrero de alas caídas y flotante pluma. Ambos hombres exclamaron al mismo tiempo, en tono de enfado y sorpresa; el uno: ¡*Varney!*; el otro; ¡*Tressilian!*

—¿Qué haceis aquí preguntó severamente el otro a *Tressilian*—, donde no esperaba ni deseaba encontraros?

—¿Qué haceis vos aquí,—replicó *Tressilian*?



¿Venis a triunfar de la inocencia que habeis destruido, como el buitre sobre su presa? ¿o vinistes al encuentro de la justa venganza de un hombre honrado? desenvaina, perro, y defiéndete.

*Tressilian* sacó su acero al mismo tiempo que hablaba, mas *Varney* sólo llevó la mano al puño de su espada; diciendo: —¿estás loco, *Tressilian*? confieso que me acusan las apariencias, pero juro por lo más sagrado que *Amy Robert* no ha sufrido de mi parte la menor ofensa, y por tanto sentiria causarte daño por tal motivo. No ignoras que sé esgrimir.

—Os oigo, *Varney*, pero quedaría mejor convencido por tu espada.

—No te faltará el convencimiento, si mi espada me es fiel, —respondió *Varney*;— y desenvainando con la derecha, se enrolló la capa al brazo izquierdo, y atacó a *Tressilian* tan vigorosamente, que por un momento pareció adquirir ventaja en el duelo. Pero esto duró poco; *Tressilian* unía al espíritu de venganza, mano y vista admirablemente apropiadas al manejo de la espada, y así, *Varney* viéndose a su vez muy acosado, intentó aprovechar su superior robustez en un cuerpo a cuerpo. Con esta intención, se arriesgó a recibir una estocada de *Tressilian* en la capa que llevaba enrollada al brazo, y antes que su adversario pudiera libertar su espada, se le acercó, preparando al mismo tiempo su arma para acabar con él. Pero *Tressilian* estaba en guardia, y desenvainando su puñal, paró la estocada que de otro modo hubiera puesto fin al combate, en cuya continuación mostróse tan hábil, que confirmaba la opinión que los naturales de Cornualles gozan de de buenos luchadores, hasta el punto de que si renacieran los antiguos juegos, podrían desafiar en la arena a toda Europa. *Varney* recibió un golpe tan inesperado y violento, que su espada saltó de su mano a distancia, y antes que pudiera recobrar el equilibrio, la punta de la espada de su antagonista amenazaba a su garganta.

Ayúdame a libertar a la víctima de tu traición, o ves la luz por última vez,—dijo *Tressilian*.

Y mientras *Varney*, demasiado confuso o enfadado para responder, intentaba levantarse de repente, y su adversario se disponía a ejecutar su amenaza, *Miguel Lambourne* detuvo el golpe, salvando así la vida de *Varney*, llegando en el momento oportuno, atraído por el choque de las espadas.

Vamos, vamos, compañero,—dijo *Lambourne*—; basta ya; *El Oso Negro* nos llama con sus gruñidos.

Aparte, miserable,—esclamó Tressilian libertándose de la mano de *Lambourne*. ¿Cómo te atraves a interponerte entre mi enemigo y yo?

¡Miserable!—repitió *Lambourne*—; a esto responderé con el acero, a pesar de que bebimos junto esta mañana. Fuera de aquí; ahora somos dos contra uno.

Era cierto, pues *Varney* había aprovechado la oportunidad para recobrar su arma, y *Tressilian* comprendió la locura de querer luchar contra tales ventajas. Sacó dos monedas de oro de la bolsa que llevaba a la cintura, y se las tiró a *Lambourne*.

—Ahí tienes tu jornal de esta mañana, para que no digas que me serviste de guía de balde, miserable. Adios, *Varney*; nos volveremos a ver donde nadie se interponga entre nosotros, y diciendo así, volvió la espalda y salió por el postigo.

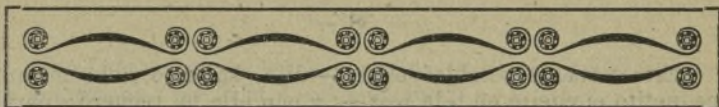
A *Varney* pareció faltarle el deseo, o acaso el poder, (pues había sufrido un fuerte golpe), de perseguir a su enemigo que se retiraba, pero le lanzó una abrasadora mirada, y luego preguntó a *Lambourne*:—¿Eres camarada de *Foster*?

Amigos inseparables, como el mango y la hoja del cuchillo.

Toma esta moneda; sigue a ese hombre, entérate de donde para, y tráeme el recado a esta casa. *Lambourne* se detuvo un solo momento, para recoger las monedas que su ex-compañero le tirara con tan poca ceremonia, y murmuró mientras se las embolsaba juntamente con la propina de *Varney*:—Yo hablaba del Eldorado a aquéllos papanatas, pero, ¡por San Antonio!, no hay un Eldorado mejor que Inglaterra para hombres como yo. ¡Llueven monedas de oro! se las vé sobre la hierba tan abundantes como las gotas del rocío; solo hay que inclinarse a cogerlas. Si no me aprovecho de un rocío semejante, que mi espada se me deshaga como un carámbano.







## CAPITULO V

*Anthony Foster* estaba aún discutiendo con su hermosa huésped, que rechazaba despreciativamente todos sus esfuerzos para que se retirase a sus habitaciones, cuando se oyó silbar a la puerta de la casa.

!Bien estamos;—dijo *Foster*—; esa es la señal de *my lord*, y no sé que cuenta daremos de lo que aquí ha pasado. La mala suerte vino con ese bribón de *Lambourne*, que parece haberse librado milagrosamente de la horca para mi ruina.

Callad,—dijo la dama—, y abrid la puerta a vuestro amo. *my lord*! Querido señor mío, exclamó dirigiéndose con apresuramiento hacia la puerta de la habitación, y luego, en tono de desengaño; !Bah! no es más que *Ricardo Varney*.

--Si, señora;—dijo *Varney*, saludando a la dama con respetuosa reverencia, que ella devolvió entre negligente y disgustada, no es más que *Ricardo Varney*, pero creo que aceptareis su presencia, como la del debil resplandor que por oriente anuncia la aparición del Sol.

!Cómo! !Va a venir *my lord* esta noche;—dijo la dama con alegría y agitación al mismo tiempo, mientras *Foster*, oyendo la noticia, repetía la pregunta de *Amy*. *Varney* respondió que el *lord* tenía el propósito de acudir, y preparaba nuevos cumplimientos, cuando ella, corriendo hacia la puerta, comenzó a llamar a voces;—!Janet, Janet!, ven enseguida a mi tocador—. Y volviéndose a *Varney*, le preguntó si el *lord* le había dado algún otro recado para ella.

Esta carta, respetable señora;---dijo, sacando del seno un paquetito envuelto en tela roja---; y con ella un recuerdo para la reina de su afecto. Ansiosamente quiso desliar la dama el cardón de seda que ataba el paquete, y no pudiendo deshacer rápidamente el nudo, de nuevo gritó a *Janet*:—Trae un cuchillo... unas tijeras..., algo con qué cortar este nudo envidioso.

¿No os serviría mi humilde puñal, noble señora?—dijo *Varney*, ofreciéndola una pequeña daga de exquisita labor, que colgaba de su cinturón de cuero.

No, señor;—replicó la dama, rechazando el arma ofrecida—; no cortaré con puñal de acero este nudo amoroso.

Muchos ha cortado, sin embargo—murmuró *Foster* mirando a *Varney*. Mientras, el nudo había sido deshecho por los ágiles y bien formados dedos de *Janet*, una linda doncella, sencillamente vestida, que era hija de *Anthony Foster*, que había acudido corriendo a las repetidas llamadas de su ama. Esta sacó del paquete, rápidamente, un collar de perlas orientales, acompañado de un billete perfumado. La dama, después de entregar aquel a su doncella, luego de dirigirle una sola ojeada, leyó, devoró, mejor dicho, el contenido de la carta.

Seguramente, señora,---dijo *Janet*, mirando con admiración al collar de perlas—, las hijas de *Tiro* no usaban collares más hermosos que este. Y además lleva el mote: «*Para un cuello aún más bello*»... Cada perla vale un reino.

Cada palabra da este querido papel, vale tanto como el collar entero... Pero vamos al tocador; alegrémonos; *my lord* vendrá esta noche. Me encarga que os dé buena acogida, y para mí sus deseos es ley. Os invito a cenar conmigo esta noche; y también a vos, señor *Foster*. Ordenad que todo esté preparado para recibir dignamente a *my lord* esta noche,—Y diciendo así; salió de la habitación.

—Ya se dá importancia,---dijo *Varney*—, y concede el favor de su presencia, cual si participase de la dignidad de *my lord*.

Si; ya me ha perdido toda consideracion,---dijo *Foster*.

Tuya es la culpa, por tu falta de inventiva, y por no emplear otros medios de conseguir tu propósito mas que la fuerza bruta. ¿No pudiste hacerle agradable tu casa con música y entretenimientos? y viviendo junto al cementerio, ¿no pudiste inbuirla el miedo a salir, con algún cuento de aparecidos?

No digais eso, señor *Varney*; no temo a los vivos, pero no quiero bromas con mis vecinos difuntos del cementerio.



No hables más de eso, supersticioso; y dime, bribón, ¿como es que estaba *Tressilian* en el postigo?

¿*Tressilian*?—respondió *Foster*--; no conozco ese nombre.

¡Cómo, villano! Es el mismo a quien el viejo *Sir Hugo Robsart* destinaba a su linda *Amy*, y quien por esta razón ha venido en busca de su bella fugitiva. Por fortuna no sabe nada de *my lord*. y cree que solo se trata de mí. ¿Pero cómo diablos ha venido aquí?

Vino con *Miguel Lambourne*.

Y ¿quién es *Miguel Lambourne*? Mejor sería que pusieses un anuncio sobre tu puerta, invitando a todo viandante a enterarse de lo que debías mantener oculto hasta del sol y el aire.

!Eso es pagar cortésmente mis servicios, señor *Varney*; ¿No me encargásteis que os buscara un mozo que dispusiera de una buena espada y de una conciencia poco escrupulosa? Mucho trabajo me costó encontrarle, pues, a Dios gracias, no tengo amigos de esa especie. Y cuando viene el hombre que necesitais, y le admití creyendo daros gusto, se me dan así las gracias por haberme deshonrado hablándole.

Y ese individuo, tan semejante a tí excepto en que le falta tu superficial hipocresía, trajo aquí al santurrón de *Tressilian*?

Juntos vinieron,--respondió *Foster*--; y para decir verdad, *Tressilian* consiguió hablar un momento con nuestra linda muñeca, mientras yo conversaba reservadamente con *Lambourne*.

!Villano! Tu descuido nos ha perdido a ambos,--dijo *Varney*--. Ya últimamente ella se acuerda demasiado de la casa de su padre, en cuanto su noble amante la deja sola. Si ese necio predicador consigue atraerla a su antiguo nido, estábanos perdidos:

No lo temais; no está dispuesto a responder a su reclamo, pues al verle chilló como si la hubiera picado un víbora.

Está bien eso. ¿No podrías averiguar por tu hija algo de lo que hablaron, buen *Foster*?

Os diré sin ambages, que no podemos contar con mi hija para ayudarnos en nuestros proyectos. Esto es bueno para mí, que sé como arrepentirme de mis malas acciones, pero no consentiré en arriesgar la salvación de mi hija por agradaros a vos o a *my lord*.

¡Cómo! Eres un necio desconfiado. Tampoco yo quiero que tu chica entre en nuestros planes, pero puedes averiguar algo por ella indirectamente.

Ya lo hice, señor *Varney*, y me dijo que su señora se lamentaba de que su padre estuviera enfermo.

Es un detalle que merece ser conocido,—replicó *Varney*—; y lo aprovecharé. Pero es necesario que *Tressilian* salga de estas tierras. No hubiera dado el encargo a nadie, pues le odio, y hoy mismo me hubiera librado de él, a no haberseme escurrido un pie; y ciertamente, sin el auxilio de ese amigo tuyo, que contuvo su mano, a estas horas ya sabría si tú y yo vamos camino de la gloria o del infierno.

Y ¿podéis hablar con esa tranquilidad de semejante peligro? —dijo *Foster*,—Teneis un corazón valiente, señor *Varney*. Por mi parte, si no esperase vivir aún muchos años y disponer de largo tiempo para arrepentirme, no os ayudaría en vuestros planes.

¡Oh! Vivirás tanto como Matusalén, y reunirás tantas riquezas como Salomón, y tu arrepentimiento será tal, que se hará más famoso que tu villanía, que ya es bastante exagerar, Pero con todo, hay que ocuparse de *Tressilian*, Ese rufián amigo tuyo fué en su seguimiento, y es este asunto que importa mucho para nuestra fortuna, *Anthony*.

Eso es,—dijo *Foster* ceñudamente—; y como de costumbre, la molestia y el peligro cargarán sobre mí,

¡Peligro! y ¿donde está ese gran peligro? respondió *Varney*: ese individuo volverá a entrometerse en tu posesión o en tu casa, y si le tomas por un merodeador o ladrón, ¿no será natural que le recibas con el acero o el plomo? Hasta un perro mastín podría derribar al que se aproxime a su perrera, y sin que se le pudiera acusar por ello.

Eso es; yo trabajo como un perro, para vos, y me pagais como a un perro. Mientras vos habéis logrado el pleno dominio de esta finca, yo solo dispongo del usufructo, bajo vuestra propiedad, y a merced de vuestro capricho.

Y si quieres conseguir el arrendamiento por escritura legal, puedes llegar a realizar tu deseo, si me sirves bien, Pero no basta para merecerle el que prestes un par de habitaciones para encerrar al lindo pájaro de *my lord*, ni el cerrar puertas y ventanas para impedirle que se escape volando. Recuerda que la mansión y el diezmo están valorados en un producto líquido de setenta y nueve libras, cinco chelines y cinco peniques y medio, y además el valor de la madera, Tus servicios, si son importantes y secretos, merecerán eso y más aún. Y ahora llama a tu criado para que me quite las botas y tomemos algo de comer y de beber,



Se separaron, y al mediodía, que era en aquel tiempo la hora de comer, volvieron a reunirse en la mesa, *Varney* brillantemente vestido, como los cortesanos de la época, y el mismo *Foster* con mejor apariencia, en cuanto el traje podía disimular su aspecto desagradable.

Este cambio no podía escapar a la observación de *Varney*. Cuando, acabada la comida y levantado el mantel, quedaron ambos solos, le dijo:—*Anthony*, tienes un aspecto tan alegre como un pajarillo; te veo dispuesto a cantar una *jiga*.



*y antes que hubiese podido levantarse.*

Responder a vuestro pensamiento, señor *Varney*—, sería echar margaritas a puercos; así, os hablaré en el mismo lenguaje mundano que empleáis.

Di lo que quieras, honrado *Tony*, pues ya responda a tu absurda fé o a tus infames acciones, no puede tener otro resultado que dara mejor gusto a este vino de Alicante. Tu conversación es mas fuerte que cualquier entremés excitante que pueda realzar el sabor de un buen vino.

Pues, decidme; ¿no sería mas digno del servicio de nuestro buen señor y amo, y no estaría mejor su antecámara si la frecuentasen personas decentes y temerosas de Dios, que tranquilamente realizaran su negocio al par que servían a su señor, sin dar escándalo al mundo, que no ahora ocupada por espadachines viciosos y rufianes de tan pública fama como *Tidestly*, *Kille-grew*, ese *Lambourne* a quien me habeis hecho buscar, y otros tales, que llevan estampada la horca en el rostro y el asesina'o en la diestra, terror de la gente pacífica y escándalo de los servidores de *my lord*?

Tranquilizaos, mi buen *Foster*,—respondió *Varney*—; quien persigue toda clase de caza, he de tener halcones de toda especie. La senda que sigue *my lord* es difícil, y debe tener a prevención toda clase de servidores para servicios de todas clases. Ha de tener brillantes cortesanos, como yo, para alardear en su cámara, y para que lleven la mano a la espada si alguno habla con menosprecio del honor de *my lord*...

— Y también para murmurar un mensaje de su parte al oído de alguna bella dama a quien él mismo no se pueda acercar.

Y también prosiguió,—*Varney* sin darse por enterado de la interrupción, necesita sus leguleyos, profundos y sutiles, para redactar sus contratos, y para que busquen el medio de sacar la mayor renta posible de las concesiones de bienes eclesiásticos y de los bienes comunes, y de las licencias de monopolios... Necesita médicos que sepan condimentar una bebida o un cordial... Le son precisos cabalistas, como *Dee* y *Allan*, para conjurar al demonio para que aparezca... Y precisa disponer de espadachines que combatan con el diablo, cuando se ha presentado con su peor carácter. Y principalmente, sin ofender a nadie, necesita almas tan bondadosas, inocentes y puritanas como tú, honrado *Anthony*, que a un tiempo mismo desafien a Satán y trabajen en su pró.

—No querreis decir, señor *Varney*, que nuestro buen amo, a quien creo dechado de nobleza, emplea para elevarse tan bajos y pecaminosos medios como tus palabras dan a entender?

—Calla, y no me mires con esa cara tan triste; no creas que estoy en tu poder,—aunque así se lo imagine tu pobre cerebro,—porque con claridad te explique los elementos que componen la mecánica con que se elevan los grandes hombres en tiempos revueltos.

¿Dices que nuestro buen *lord* es dechado de nobleza? Así es: y por eso necesita más rodearse de gente sin escrúpulos, que



sabiendo que la caída del amo acarrearía su propia destrucción, pongan su sangre y su cerebro, alma y cuerpo para sostenerle arriba, y te digo esto porque no me importa que lo sepas.

—Decís la verdad, señor *Varney*,---repuso *Foster*---; el jefe de un partido sólo es un bote sobre una ola, que no sube por sí solo, sino por el impulso del agua que lo eleva.

---Metafísico estás, honrado *Anthony*; ese jubón de terciopelo te ha convertido en un oráculo. Pero, dejando esto, ¿has dispuesto lo que vino de Londres en las habitaciones que mirán a oriente, a gusto de *my lord*?

---Pueden servir para el día de bodas de un rey,---dijo *Anthony*---; y os aseguro que la señora *Amy* se pavonea en ellas tan orgullosa como si fuese la *Reina de Saba*.

---Mejor; nuestra futura fortuna depende de su buena voluntad.

---Entonces estamos edificando sobre arena,---dijo *Foster*---; pues en el supuesto de que se marche a la Corte con toda la dignidad y autoridad de su señor, ¿cómo podrá detenerse para volver su mirada atrás y mirarme, a mí, a quien puede llamar su carcelero, pues la detengo en esta cara contra su voluntad?

No temas su desagrado,---dijo *Varney*---; ya la convenceré de que todo cuanto hiciste fué para bien de ella y de *my lord*; y cuando pueda desplegar sus alas, comprenderá que nos debe su propia grandeza.

---Mirad por vos,---dijo *Foster*---, pues podríais equivocaros de un modo lamentable en vuestras esperanzas. Esta mañana, el recibimiento que os hizo no pudo ser más frío, y creo que tanto a vos como a mí nos mira con malos ojos.

---No la conoces, *Foster*. Depende de mí por todos los lazos que pueden unirla a quien la proporcionó el medio de satisfacer su amor y su ambición a un tiempo. ¿Quién sacó a la humilde *Amy Robsart*, hija de un viejo arruinado y chocho, y prometida esposa de un loco fantástico como *Edmundo Tressilian*, de su modesto porvenir, y la elevó a la esperanza de la más brillante situación de Inglaterra, y acaso en toda Europa? Yo fui, pues como te he dicho repetidas veces, busqué la ocasión para que se vieran secretamente; yo vigilé el bosque mientras él cazaba a la cierva; a mí me acusa aún su familia como a su raptor, y si tuvieran ocasión, me hundirían entre las costillas un acero español, si yo no me previniese con una camisa de un tejido más sólido que el hilo de Holanda. ¿Quién llevó sus cartas sino yo? ¿Quién distrajo al anciano caballero y a *Tressilian*?

Yo fui. ¿Quién planeó la fuga de la joven? Yo mismo. En suma; yo, *Dick Varney*, arranqué la linda margarita de su oscuro rincón, y adorné con ella el sombrero que cubre la más altiva cabeza de Inglaterra.

—Está bien, *señor Varney*; pero acaso piense que, si hubiera dependido de vos, la flor hubiera quedado tan poco sujeta, que el más ligero cambio de viento se la hubiera llevado al olvido.

—También pensará,—dijo *Varney* sonriendo,—, que mi fidelidad a mi amo me impidió al principio aconsejarle el matrimonio; aunque luego cambié de consejo, en vista de que ella no se satisfaría sino con... ¿lo llamaremos sacramento... o ceremonia?

—Pero tiene aún otro motivo de queja, y os debéis prevenir. No creais que se contentará con disfrutar de su esplendor en el secreto de este antiguo convento, sino que deseará gozar del rango de condesa entre sus iguales.

—Muy natural y muy justo,—repuso *Varney*—; pero ¿qué tengo yo que ver en eso? Depende de la voluntad de *my lord*, y nada tengo que oponer.

Ella cree que vuestra influencia es poderosa en esa cuestión. En suma, atribuye su encierro a vuestros consejos secretos a *my lord* y a mi estricta vigilancia, y así nos quiere como un preso quiere a su juez y a su carcelero.

—Cambiará de sentimientos antes que salga de aquí,—respondió *Varney*—. Si aconsejé por razones poderosas que permaneciese aquí durante una temporada, también puedo opinar que salga para disfrutar espléndidamente su dignidad; pero sería una locura hacerlo, siendo yo tan íntimo de *my lord*, mientras ella se me muestra enemiga. Procura convencerla de esto si llega la ocasión, y yo por mi parte te disculparé para con ella. Pero alguien llama a la puerta... mira por la ventana... no dejes entrar a nadie..., esta noche sería inoportuno que nos interrumpieran.

—Es la persona de quien hablamos antes de comer; es Miguel de Lambourne.

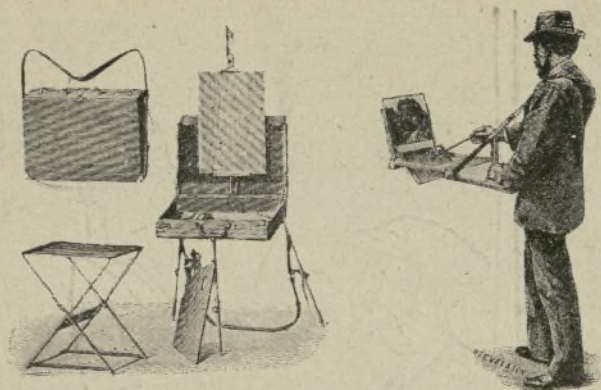
—¡Ah! que entre,—dijo el cortesano—; vendrá a dar cuenta de su huésped, y nos importa mucho conocer los movimientos de *Edmundo Tressilian*. Que entre, pero no aquí. Ahora iré a reunirme con vosotros en la biblioteca del Abad.

*Foster* salió del cuarto y *Varney* quedó paseándose en profundas reflexiones, con los brazos cruzados, hasta que al fin ex-





—Pue' zí; tengo yo un hermanito con tanto oído, que cuando *tié* una pulga *ensima*, no la *ziente* porque le pique, *zino* por el ruido de las *pizás*.



## **CASA VIUDA DE PONTES**

Tiene surtido completo en cajas de  
**OLEO Y ACUARELA**

**LIENZOS BELGAS**

Esta Casa es siempre la más surtida  
y tiene **IMPRENTA PROPIA**

**CARMEN, 6 y 8** (cerca de la Puerta del Sol)

## **IMPRENTA HISPÁNICA**

*Cartas, Sobres, Facturas, Memorandums, Circulares,  
B. L. M., Tarjetas, Recibos, Calonarios,  
Etiquetas, etc.*

*Catálogos, Folletos, Libros y Revistas.*

**Cardenal Cisneros, 47**

**Tel. J. 9-23**

**MADRID**